

La realidad como un teatro del absurdo

Juan Antonio Isla Estrada

- La actualidad mundial y la transición mexicana y su relación con el teatro de Ionesco o Beckett.
- La justicia como una cantante calva que no aparece nunca o la espera de una democracia que no llega o no sirve.

Así como la generación de los escritores que más tarde serían clasificados como autores de la corriente del 'absurdo' estuvieron influidos por el trauma de la segunda guerra mundial, nuestra generación no sólo se impregnó de la existencia de una trágica realidad (con muchos matices de comedia) que sirvió a los dramaturgos para hacer su obra, sino que hemos sido impactados por un entorno que es como una ilusión, como una contradicción, como un vacío.

Quienes pudimos tener la posibilidad de entrar al mundo de esa realidad montada en los escenarios, compramos de inmediato la idea que estábamos rodeados de situaciones incomprensibles, que vivíamos los graves problemas de la comunicación, que nos enfrentábamos a muchas especies de desarraigo y que las noticias intermitentes de caos, envuelto en algunas ocasiones de humor, era parte importante de la vida cotidiana.

Nuestra generación se identificó con las propuestas dramáticas del rumano Eugene Ionesco, del irlandés Samuel Beckett, del francés Jean Genet, del inglés Harold Pinter y del español Fernando Arrabal, por nombrar a los más importantes autores de un grupo de escritores clasificados dentro del teatro del absurdo, término genérico inventado por el crítico Martín Esslin en 1962 para ubicar a ciertos dramaturgos que escribieron en la década de 1950 como una reacción contra los conceptos tradicionales del teatro occidental.

Mi generación vivió la etapa de los estudios de Bachillerato entre los entremeses cervantinos de 'Los Cómicos de la Legua' y el llamado teatro de vanguardia representado por el teatro del absurdo, cuya corriente se refiere a la tendencia de la literatura dramática que surge en el París de los años cuarenta y principios de los cincuenta, con una propuesta que revoluciona las nociones clásicas de acción y progresión dramáticas y que refleja el caos ilógico del mundo contemporáneo, con un particular y dosificado sentido del humor.

Es muy posible que este grupo haya tenido a su vez sus raíces en las obras de "moralidad alegórica" de la Edad Media y en los autos sacramentales (dramas religiosos alegóricos) de la España barroca, en la literatura del sin sentido de autores como Lewis Carroll, en las obras de ensueño de Strindberg, las novelas de James Joyce y la extensa obra de Franz Kafka (ese gran precursor de la idea de la vida como una alegoría de lo grotesco y de la existencia como una concatenación de disparates). Otras importantes influencias las reciben de Antonín Artaud y, de alguna manera, de la noción del efecto de distanciamiento utilizado por Bertolt Brecht.

La mayoría de los escritores citados buscaban a través de su obra expresar sus creencias en un mundo en el cual la existencia humana no tiene sentido si la comunicación no existe. Un buen ejemplo de esta afirmación sería la obra *Esperando a Godot* (Samuel Beckett), en la cual sus protagonistas nunca llegan a entenderse y que lo único que los une es la esperanza de algo que nunca llega.

Algunos de los elementos que se utilizan en el teatro del absurdo son los ambientes sofocantes, las situaciones sin sentido para enfatizar la extrañeza humana, la insuficiencia del lenguaje para lograr el entendimiento entre las personas, la incoherencia entre los actos y la ideología, la incongruencia entre el pensamiento y los hechos.

Esta especie de antiteatro lo explicaba Eugene Ionesco en una conferencia dictada en ocasión del primer festival de Bellas Artes de Nueva York en donde afirmaba que el teatro de la década de los cincuenta era bueno porque en él se exponían los problemas más importantes de todos: el de la condición existencial del hombre, su desesperación, la tragedia del destino, lo absurdo de su destino". Frases como "el realismo no existe, todo es inventado, la realidad no es

realista”, “¿qué es real después de todo?”, hicieron reflexionar a su culto auditorio que escuchó la siguiente afirmación: “Pregúntenle a los más importantes científicos de la física y las matemáticas. No podrán dar una definición de lo que es real. La única realidad es esa que llega desde dentro. La inconsciencia, lo irracional, nuestros pensamientos, imágenes, nuestros símbolos son más verdaderos que el realismo, son las profundas verdades del alma”.

Su obra “La cantante calva” es un buen ejemplo de la realidad como absurdo. Se trata de una sátira que exagera aspectos de la vida cotidiana, con una cantante que ni era calva ni cantaba y ni aparecía en ningún rincón del escenario. Todo entre unos pocos personajes que se muestran incapaces de comunicarse unos con otros.

Una constante del teatro del absurdo es la pugna de sus protagonistas por expresarse y la imposibilidad de lograrlo. En él se desborda el escenario y a menudo contradice las palabras pronunciadas por los actores. Sólo precisa de los objetos, los accesorios y el decorado, que adquieren una extraordinaria importancia. La escena del teatro del absurdo representa casi siempre un mundo vacío de sentido, poblado de objetos pesados y molestos que terminan por dominar a los personajes.

Finalmente los autores de esta tendencia se unieron, sin proponérselo, como una forma de acuerdo frente a la ansiedad, lo salvaje y la duda ante un universo inexplicable y recayeron en la metáfora poética como un medio de proyectar sus más íntimos estados. Es por ello que las imágenes del teatro del absurdo tienden a asumir la calidad de la fantasía, el sueño y la pesadilla, sin interesarle tanto la aparición de la realidad objetiva como la percepción emocional de la realidad interior del autor.

La vigencia del teatro del absurdo en las actuales circunstancias que vivimos es la razón por la cual en los próximos meses “La cantante calva” cumplirá cincuenta años de representarse ininterrumpidamente en el *Teatro de la Huchette*, que toma el nombre de la concurrida y famosa callecita peatonal del Barrio Latino en París.

Y cómo no volver los ojos a esta propuesta literaria si lo que nos ocurre hoy es una gigantesca alegoría del absurdo: las guerras sin sentido, la búsqueda afanosa por ideales a los cuales no se tiene acceso, la permanente contradicción de los hombres entre las ideas y los actos, la obsesión por el encuentro de algo que quizá ni existe, la imposibilidad del entendimiento entre los individuos que comparten el mismo fin pero que nunca se ponen de acuerdo.

¿El mundo no es una escenificación del absurdo?, ¿nuestro país no es un ejemplo de contrastes y contradicciones que van de la bufonada a la tragedia?, ¿la justicia no es esa señora que esperamos que irrumpa en la obra y nunca arriba?. ¿nuestra ansiada transición democrática no es una ilusión de la realidad, no es hoy un paisaje desolado en el que se encuentran dos personajes en medio de un diálogo de sordos?, ¿la democracia no es esa ilusión que después de esperarla y buscarla, cuando llega no nos significa nada?.

La existencia y nuestra realidad son por momentos esa historia en la que los protagonistas esperan que aparezca algo que nunca aparece, es una metáfora sobre la eterna espera o sobre la llegada de eso que cuando adviene nos percatamos de la futilidad de la expectativa. Es un pequeño gran teatro del absurdo.